



# CARLOS DEL AMOR CONFABULACIÓN

HA APRENDIDO A VIVIR EL PRESENTE.  
PARA ÉL, NI EL FUTURO NI EL PASADO ESTÁN CLAROS.

CARLOS DEL AMOR  
CONFABULACIÓN



ESPASA  NARRATIVA

© Carlos del Amor Gómez, 2017

© Espasa Libros S. L. U., 2017

Estrofa de *El amor valiente* (p. 192),  
cortesía de Xoel López © Xoel López y Virgin Records

Poema p. 86, de Luis Rosales, de *La casa encendida* (Cátedra)

Poema p. 186, de Jaime Sabines, de *Recuento de poemas* (Visor)

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Depósito legal: B. 2.863-2016

ISBN: 978-84-670-4956-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Tuve tiempo de limpiar la sangre; tiempo suficiente para comprobar cómo el resplandeciente suelo de azulejo blanco había teñido de un rojo oscuro y denso diez minutos antes. Pero no lo hice. Recuerdo que pensé en que cuando éramos pequeños y teníamos que dibujar una herida en algún monigote que garabateábamos en la libreta siempre utilizábamos el rojo brillante, pero la sangre no es de ese color rojo de la infancia. La sangre no es tan intensa, ni siquiera tan atractiva; al menos, la sangre de Juan no era así. Su sangre no brillaba, era óxida, opaca. En esos escasos minutos llegué a la conclusión de que igual Juan estaba enfermo y por eso su sangre era una sangre apagada.

Las suelas de mis zapatos emitían un continuo sonido al hundirse en los pequeños charcos que se habían formado. La encimera, blanca también, estaba salpicada, como a brochazos. La imagen me pareció incluso bella,

artística, porque el rojo se mezclaba con una especie de piedrecitas luminosas como virutas que parecían emitir destellos de manera aleatoria.

Miré hacia el microondas: la puerta estaba abierta y también había alguna gota de sangre en su interior. Sin saber la razón, apreté el botón de encendido y dejé que las gotas se endurecieran y coagularan.

Todo en mi mente funcionaba demasiado rápido, acelerado. Podía pensar en cientos de cosas a la vez. Podía pensar en el color de la sangre, en la marca de la camisa de Juan, en el tipo de suelo, en la ausencia de plato giratorio en el micro, en la suela gastada de sus zapatos.

El cuchillo se había quedado hendido en el vientre en la que fue la última de unas diez o doce cuchilladas que le di sin contemplación, buscando su muerte casi de forma desesperada. Es ridículo pensar que puedes morirte con un simple resbalón, con una mala caída, y que, sin embargo, hace falta tanta saña con una arma blanca para acabar con alguien. Claro, que yo no era un experto en la materia, nunca había matado a nadie; supongo que si hubiese sido más hábil, podría haber localizado una arteria vital y terminar antes. No había sido el caso, ataque enloquecido, febril, como nunca había estado.

En una pelea, si estás tranquilo, das el treinta por ciento; si estás enojado, un ochenta por ciento; pero si lo que te guía es el odio y la venganza, llegas al cien por cien de fuerza. En el colegio recuerdo cómo temíamos a un chaval aparentemente enclenque que era capaz de

tumbar a cualquiera, puro nervio, imparable, sin límites; dejaba grogui a quien se pusiera por delante, sin piedad. Era como otra persona cuando peleaba.

Yo me movía aquella mañana fría de enero en el cien por cien de esos porcentajes. Sin duda, me guiaba el odio y, sobre todo, la venganza. Ese chaval al que todos temíamos de pequeños era yo en ese instante.

Me quité los zapatos y empecé a vagar por la casa. La conocía, no íntimamente, pero sí de manera bastante familiar. Había dormido allí en varias ocasiones, sobre todo después de alguna borrachera, y Alejandra y yo habíamos cenado con asiduidad con Juan en la mesa de comedor cercana a la cocina. Abrí las puertas de las habitaciones sin ánimo de encontrar nada, curioseé en los papeles de la mesa del despacho, donde se amontonaban facturas y un par de manuscritos. Sabía que Juan estaba preparando una nueva novela y que, además, tenía casi apalabrado un prestigioso premio literario con una editorial. Nos lo había contado un par de meses antes, haciéndonos jurar que no se lo diríamos a nadie. Ese premio le iba a permitir pagar la hipoteca de la casa por la que yo deambulaba.

Juan era un tipo simpático, de esas personas que caen bien desde el principio, de esa gente capaz de ser el centro de la escena en cualquier conversación y en cualquier situación; el hombre educado, el que cede el paso a las señoras, el que deja pasar en el supermercado a quien lleva menos paquetes, el que no olvida un nom-

bre, una fecha, un lugar. Juan era el tipo que nos habría gustado ser a muchos, el tipo que la madre de mi chica habría querido para su hija, el hipotético marido perfecto, el hipotético padre perfecto, el hipotético vecino perfecto, el compañero ideal para viajar en ascensor, el compañero ideal para coincidir en el baño, que te habla mientras te sacudes la polla. Juan era, desde ese momento, dicho así, era y no es, insoportable. Sucede que esa manera de ser sólo éramos capaces de captarla los más avezados.

Aquella mañana llovía, llovía mucho. Había sido un año muy seco y caluroso. El verano se alargó hasta casi entrado noviembre, el otoño pasó sin hacerse notar y, de repente, entró un frío cortante que pilló a muchos desprevenidos: eran días en los que podías ver por la calle a una persona en mangas de camisa y a otra con un plumas. El calendario decía que había que abrigarse, pero el cielo le llevaba la contraria. Mis zapatos, ahora manchados de sangre, dejaron primero impresas huellas de barro sobre el parqué de la casa de Juan. Conduje desde mi casa casi a ciegas, con el limpiaparabrisas yendo de un lado a otro con efecto hipnotizante. Desde que me había levantado de la cama y puesto un pie en el suelo, supe que iba a ir a matar a Juan. No dudé, no vacilé, no me paré a meditarlo. Al salir de la ducha, miré a Alejandra, todavía se abrazaba a la almohada. Terminé de hacer la

maleta, bueno, en realidad una pequeña bolsa de viaje —esa noche tenía que ir a Barcelona— y salí a buscar el coche.

—¿Qué tal, Andrés? ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

—Hola, Juan. No, nada, no te apures. Es que iba camino de la estación y, como voy con tiempo, he parado a saludarte.

—¿A las siete y media de la mañana? Anda, pasa, que parece que acabas de salir de la ducha.

—Sí, olvidé el paraguas.

—Venga, que te hago un café.

Era tan amable y tan educado que, a pesar de haberle sacado de la cama, en su cara no se atisbaba ni un mal gesto ni una mueca extraña.

—¿Y a dónde vas?

—A Barcelona, un viaje relámpago. Mañana por la mañana estoy de vuelta. Una reunión absurda que tenemos por la tarde para presentar las novedades del año que viene y decir cuáles van a ser las apuestas de cara a la promoción, etcétera, etcétera.

—¿Y yo seré apuesta?

Me eché a reír.

—Tú ya juegas sobre seguro. Con el premio que te van a dar, serás el foco de atención para todos. No hace falta apostar por ti.



—Bueno, bueno, espero que al final se cumpla lo que me prometieron. No he hecho otra cosa en los últimos cuatro meses: escribir, escribir, escribir.

—Y tirarte a Alejandra.

—¿Perdona?

—Follarte a mi mujer. Lo sé todo. Lo sospechaba desde hacía unos meses, aunque me he hecho el tonto, como si en realidad fuesen imaginaciones mías. Pero el otro día os vi juntos, en un bar de las afueras. Fui a ver a un autor, salí de su casa, justo enfrente, y allí estabais los dos, sentados en una mesa, acariciándoos las manos, besándoos, riendo.

—Andrés, puedo explicártelo, no es exactamente lo que imaginas.

—Ya no imagino nada. Sólo sé que eres un tipo que lo tiene todo, que podría tener a la mujer que quisiera y que has tenido que querer a la mía.

—Andrés, no fue algo premeditado, no lo buscamos ninguno de los dos. ¿Qué haces con ese cuchillo? ¿Estás de broma? Déjalo, Andrés.

Una gota de sangre caía lenta del mármol blanco, recorriendo la puerta de un armario, hasta, disciplinada, llegar al océano rojo. El reloj del horno marcaba las ocho de la mañana. Volví al despacho de la casa, guardé el manuscrito en una bolsa. No pensaba limpiar nada, me iban a relacionar con el asesinato de cualquier forma, no sería difícil llegar hasta mí. Miré por última vez a Juan, abierto

en canal. Viéndole tan, cómo decirlo, muerto, acabado, costaba pensar en la exitosa vida que había llevado y que en ese momento terminaba. Sonó un mensaje de WhatsApp. No era de mi teléfono. Metí la mano en el pantalón del pijama de Juan, más bien un chándal.

Mensaje de ELLA. Juan tenía a alguien guardado en la agenda como ELLA. Ella implicaba exclusión. Si archivas en la agenda a alguien de esa manera es que ELLA es sólo una, no hay nadie más, no hay otra mujer, no hay nada más allá de ella. Yo nunca he tenido una ELLA en la agenda; a lo sumo, un «no me cojas», que es la forma de alertar de que llama alguien con quien seguro no quiero hablar, pero nunca una ELLA o un ÉL.

ELLA

Hoy duerme en Barcelona, hazme sitio en tu cama. Besos.

Cogí el tren de las nueve, y en las dos horas y media que duró el viaje no recibí ni una sola llamada. Supuse que quizá nadie había ido todavía a casa de Juan y descubierto la escena. Los escritores suelen levantarse tarde y probablemente eso lo sabían sus allegados. En cuanto llegué a Barcelona, me monté en un taxi y me dirigí a la editorial. Papeles, más papeles, hablar con gente de allí, una comida: el tiempo pasó rápido. Por la tarde, en la reunión, solté los nombres de mis tres apuestas, expuse sus ventajas, los lectores a los que podríamos llegar y es-

cuché las sugerencias del presidente de la editorial, insuflando ánimo a todos los delegados y editores. Nada más terminar, me marché al hotel.

En cuanto llegué a la habitación, saqué el móvil; nada, ni siquiera un mensaje. Entré en WhatsApp, busqué en contactos a Juan y vi que estaba en línea. Cuando cogí la bolsa de viaje para echar un ojo al manuscrito que me había llevado de su casa, no lo encontré. ¿Cómo era posible? ¿Dónde lo había metido?

De repente, mi móvil, en silencio desde la reunión, se iluminó. Mensaje de Alejandra.

Hola, cariño, espero que tu reunión haya ido bien, en Madrid no ha parado de llover. Te veo mañana.

Era ya tarde: Alejandra, ELLA, estaría yendo a casa de Juan. O quizá ya habría llegado. Estaría aterrada ante lo que se había debido de encontrar. Yo no lograba comprender lo que sucedía.

Ok, un beso, descansa.